



HAY PARA CONTAR

QUERÉTARO 2016

Gaceta oficial gratuita • Hay Festival Querétaro 2016 • Año 1 • Número 3 • 3 de septiembre de 2016

¡De Túnez a Querétaro!

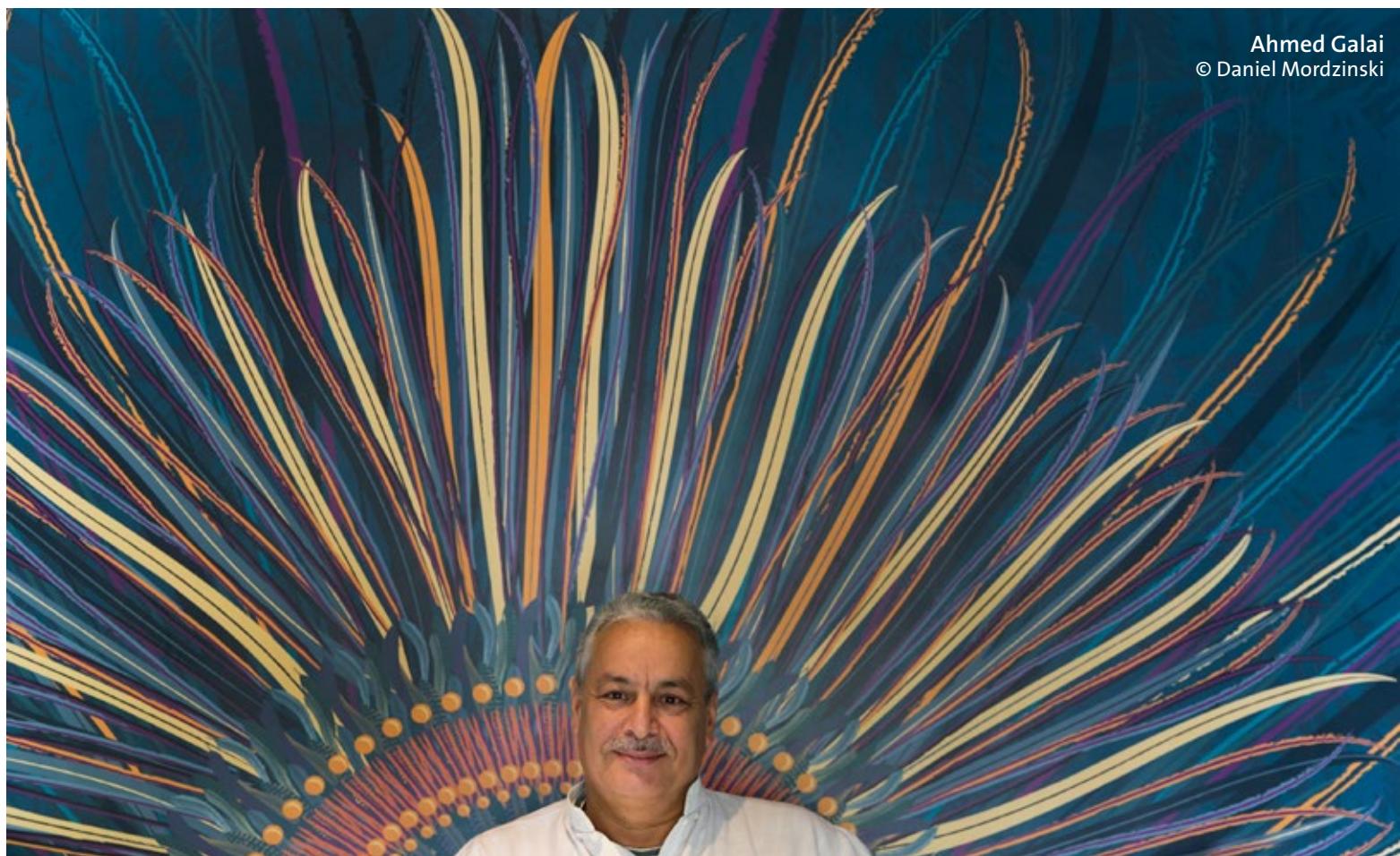
Imaginar el mundo... para cambiarlo

| Ahmed Galai

QUÉ HONOR ESTAR EN QUERÉTARO con una pléyade de hombres y mujeres de letras, artes, medios de comunicación y de la sociedad civil, para imaginar el mundo... para cambiarlo.

Vengo de un país, Túnez, que construyó en enero de 2011 una primavera, inacabada, es verdad, pero prometedora de grandes cambios en la región. Estoy encantado de ver este México soñado, tierra de revoluciones, y patria de Miguel Hidalgo, iniciador de la libertad, y de Emiliano Zapata, símbolo de su revolución.

Los derechos humanos están en el centro de nuestra Revolución y de la transición democrática en curso. Estoy muy conmovido de ver a todas esas generaciones



de tunecinos, que durante años lucharon por un mundo mejor, celebrar el cumplimiento victorioso de sus luchas. Y no era del todo evidente, pues la represión fue feroz y la policía omnipresente.

En oposición al caos en el que se sumerge la Libia vecina, después de la caída y asesinato del dictador Gadaffi, es la vitalidad de la sociedad civil tunecina la que logró, a pesar de las dificultades, el éxito de nuestra revolución.

Con la revolución victoriosa del 14 de enero de 2011, el pueblo escogió borrar lo antiguo y construir una nueva república. Desde entonces, una nueva constitución fue necesaria. Varios decretos-leyes que rompen con el antiguo arsenal represivo han sido adoptados, y varios tratados internacionales ratificados. Una asamblea constituyente fue elegida el 23 de octubre. Dio al pueblo, en enero de 2014, su nueva constitución, que garantiza la naturaleza civil del Estado, el principio de universalidad de los derechos humanos, y las libertades y los derechos tal y como son mencionados en el Tratado Internacional de Derechos Humanos.

Pero, a pesar de los logros, quedan algunos retos inquietantes: el espacio de libertades individuales y públicas sufre graves restricciones, los malos tratos y la tortura se practican en los lugares de detención y en las prisiones. La libertad de expresión y de prensa son menores a las esperanzas suscitadas por la Revolución. El proceso de la justicia transicional se ha ralentizado debido a varios disfuncionamientos legislativos e institucionales. El arsenal jurídico no está armonizado con la nueva constitución. Con respecto a los derechos económicos y sociales, las frecuentes huelgas, los movimientos campesinos y obreros, son indicadores de la persistente desigualdad entre las personas y las regiones. El terrorismo de grupos salafistas ha puesto en duelo al país, al asesinar a un gran líder político, Chokri Belaid, y a un diputado progresista, Brahmi. Muchos mártires de las fuerzas del orden y

del ejército han caído bajo sus balas. El proceso de transición se encuentra bloqueado, la asamblea constituyente está suspendida. Rozamos lo peor. Es ahí cuando interviene la sociedad civil, representada por el Cuarteto del Diálogo Nacional, para salvar al país de hundirse en el caos. Es como reconocimiento a la sociedad civil tunecina, por su papel decisivo en el salvamento de la transición hacia la democracia, que la comunidad internacional otorgó al Cuarteto Nacional el Premio Nobel de la Paz 2015.

Volvamos al Hay Festival. Me complazco de que los organizadores hayan previsto para este año incluir el ardiente tema de la migración y los refugiados. Mi asociación siempre ha denunciado y tomado posición frente a los dramas engendrados por la migración clandestina, criticando con fuerza la actitud de los países desarrollados, quienes privilegian la seguridad, y reniegan de sus compromisos internacionales en materia de derechos humanos.

Más de veinte mil personas han desaparecido en el Mediterráneo desde mediados de los años noventa. Es una verdadera guerra la que Europa lleva a cabo contra los migrantes.

Esa Europa opulenta y desarrollada rechaza acoger a algunos miles de refugiados que huyen de la miseria y de la guerra, y cierra sus puertas frente a esos dramas humanos, desplegado un verdadero dispositivo militar, bajo la presión de una opinión pública xenófoba.

Me gustaría decirle a ese comisario europeo que clamó por cerrar las puertas de Europa a los refugiados, que mi país, la pequeña Túnez, mientras negociaba en la incertidumbre posrevolucionaria su transición democrática, en febrero de 2011, acogió con los brazos abiertos a cerca de un millón de refugiados libios y subsaharianos que huían de la hoguera libia.

Vivimos, de uno y otro lado del Atlántico, las mismas situaciones dramáticas de migración. Ya sean nuestros *harraga* (los que arden) o sus *wet-backs* (espaldas mojadas), nuestros jóvenes, huyendo de la crisis económica o de la recrudecencia de la violencia, atraviesan por miles los muros infranqueables arriesgando sus vidas para alcanzar un El Dorado imposible.

Al igual que la Unión Europea, Estados Unidos ha adoptado políticas y medidas de lucha draconianas para tratar de detener el flujo de migrantes clandestinos que alcanza, a lo largo de los años, dimensiones alucinantes. El respeto por los derechos fundamentales de los migrantes y de los refugiados está en peligro debido a esa visión inhumana sobre la seguridad.

Y sin embargo la declaración universal de los Derechos Humanos consagra la libre circulación al proclamar el derecho, para todos, de abandonar todo país, aun el propio, y de volver.

Estamos lejos, por desgracia, de esos valores universales que garantizan la libertad, los derechos y la dignidad para todos y en todas partes. Nuestro destino como militantes es el de continuar la lucha por un mundo mejor. Porque otro mundo es posible.

Y son eventos como este bello festival de Querétaro, que valorizan la cultura, las artes y los derechos humanos, imaginando el mundo para cambiarlo, los que lo harán tal vez posible. •

Traducción de Ernesto Kavi

La foto del día

Daniel Mordzinski



Venenos

Mariana Enriquez

A LOS 15 AÑOS, YO VIVÍA EN LA PLATA, una ciudad a 50 kilómetros de Buenos Aires. La Plata, diseñada por masones, con sus calles diagonales –una plaza cada seiscientos metros– era magnífica para ser joven, pero a los 15 años yo estaba aburrida de todo y decidí que la única opción para evitar la desesperación pueblerina era viajar a Buenos Aires cada fin de semana, por la noche. Al principio iba en tren. Pero una noche me persiguió un policía con los genitales afuera del pantalón: zangoloteaba su pene, zangoloteaba su arma y también su vientre fofo. Después de ese episodio, dejé de tomar el tren por un tiempo: para escapar de él había tenido que tirarme del vagón en movimiento. El ómnibus en esa época era caro y pésimo. Las unidades estaban destortaladas y a veces se desprendían partes del piso y uno podía espiar el asfalto desde los asientos.

En Buenos Aires iba a Viejo Correo, una sórdida disco del barrio de Flores donde una vez vi cómo varios violaban a una chica inconsciente en el baño –ella tenía tatuada la lengua de los Rolling Stones en el hombro-. También iba a un bar que se llamaba Bolivia. Me enamoré de uno de los mozos; era pelirrojo y delicado como una pintura flamenca, tenía pecas en los brazos, no tenía cejas, y era hermoso como el hombre que cayó a la tierra, igual de anoréxico y callado. Borracha de ginebra, le dije que lo amaba en la puerta del baño del bar, y me rechazó. Soy gay, me dijo (en realidad dijo «Soy puto, re puto», fueron sus palabras exactas). A mí qué me importa, le grité y me tomé lo que quedaba de la botella, casi medio litro, en pequeños vasitos, uno tras otro hasta que no recuerdo nada más, solamente el llanto y que, cuando el pelirrojo pasaba, le hacía zancadillas para que se cayera.

Ahora hay una autopista entre La Plata y Buenos Aires pero entonces no existía y había que tener cuidado y elegir bien qué ómnibus tomar de vuelta. En general, yo esperaba en la estación de Once; de ahí salían los que hacían el recorrido largo por la avenida Calchaquí y tardaban casi tres horas pero, a esa hora, eran la única opción.

Fue en uno de esos ómnibus con olor a desinfectante y moho donde la vi. Serían las tres de la mañana y una chica se levantó de uno de los asientos delanteros, se acercó al chofer y le pidió bajar. El chofer frenó sorprendido y le dijo que no tenía parada ahí. Estábamos atravesando el Pereyra, un parque enorme a mitad de camino entre Buenos Aires y La Plata. Alguna vez fue una estancia de más de diez mil hectáreas pero el gobierno de Perón se la expropió a sus dueños millonarios; ahora es una reserva ecológica que parece un bosque siniestro, húmedo: apenas entra el sol. La chica insistió, se quería bajar. No llevaba bolso ni mochila. Estaba vestida con ropa demasiado veraniega para el fresco de la noche de otoño. Parecía de otro mundo. Muchos pasajeros se despertaron: un hombre dijo «Adónde querés ir a esta hora, querida, te puede pasar algo». La chica, que era de mi edad o un poco más joven y tenía el pelo atado en una cola de caballo, miró al hombre con un odio horrible que lo dejó mudo. Lo miró como una bruja, como una asesina. El chofer la dejó bajar y ella corrió hacia los árboles y desapareció en una nube de tierra cuando el ómnibus volvió a arrancar.

No podía olvidar esa mirada. Nadie le iba a hacer daño, de eso estaba segura: la dañina era ella. Una vez fui a buscarla. Volví al parque sola y de día.

Mariana Enriquez
© Daniel Mordzinski



No sabía exactamente dónde había bajado la chica, pero no era tan lejos del Molino –el parque tiene un molino estilo holandés que no produce nada, es una chocolatería para turistas-. Descubrí senderos y también la casa que alguna vez había sido el despampanante casco de la estancia. Ahora se puede visitar como museo y hasta se hacen fiestas de casamiento exclusivas, pero entonces estaba vacía y era un secreto.

Ese verano, muchos meses después, hubo una invasión de escorpiones en La Plata. Yo estaba muy triste y pensaba en dejarme picar por un escorpión y morir. Volví al Pereyra otra vez, a buscar a la chica. Cuando llegué me acosté sobre el pasto y pensé en venenos. Dormí y soñé con sombras blancas. Desperté con pasto en la boca y caminé hasta quedar agotada. No la encontré. Aunque era de noche, tampoco me perdí. La luz de la luna iluminaba lo suficiente para distinguir los caminos que llevaban a la ruta. Caminé guiada por el resplandor y sentí una punzada en la pierna, pero no era el agujón ni la muerte, era una ortiga que me quemó la pierna y la cubrió de puntos rojos ensangrentados. Cuando esperaba el ómnibus pensé que quería ser como esa chica a quien nunca iba a encontrar. Quería vivir en un árbol o bajo una montaña y escuchar cómo cantaban las estrellas. No quería nada falso nunca más. •

Todos los felinos felices

Emiliano Monge

Horas después de la visita, enojado conmigo mismo porque no logro dar vida a la imagen que deseo, enciendo mi computadora y abro Google Images. Busco alguna fotografía en la que Borges esté riendo.

El resultado que obtengo me sorprende: fotos y más fotos de una mujer que, evidentemente, no es el escritor argentino. He escrito Borgen en lugar de Borges. La torpeza de mis dedos revela la existencia de una serie de televisión danesa que se llama de este modo. Sonrío pensando en las casualidades: hace apenas un par de horas, María Kodama nos mostró, al escritor danés Carsten Jensen (autor de la fabulosa novela *Nosotros los ahogados*) y a mí, la biblioteca personal de su exmarido.

La segunda vez me aseguro de escribir Borges correctamente y mis ojos miran el mosaico de retratos que la red dispone. Entoncesuento: son treinta y cinco las fotografías que aparecen antes de mostrarse una en la que el autor de «El Aleph» aparezca sonriendo. Treinta y cinco, me digo contemplando la imagen y pienso: no, no debo ser condescendiente, en esta imagen no está riendo. Como mucho, está fingiendo. Verlo fingir no me basta.

Así que cuento nuevamente: no estoy buscando cualquier risa, busco la carcajada que observé hace unas horas y que me dejó conmocionado; esa carcajada infantil que no consigo revivir en mi memoria, la misma que me sacó feliz de la casa donde Borges vivió y donde Kodama, sin soltar nunca su llavero de *Félix el gato* ni dejar tampoco de arrastrar el pie que se luxó al pisar una coladera destapada («Empezaron con el cobre y ahora quieren

hasta el hierro», aseveró enfática), nos mostró la habitación y la biblioteca del autor de «Funes, el memorioso».

Tras mirar un número infinito de fotografías (tantas que la red convierte a Borges en un gaucho, en la tapa de un libro que no hubiera leído, en un pequeño gato blanco, en un modelo musculoso y en una portada de la revista *Gente*) acepto que lo mejor será dejar de buscar y aceptar que no volveré a contemplar aquella risa, que lo mejor será, pues, concentrarme en lo que está aún en mis manos: evocar la habitación y la biblioteca del hombre de Babel.

Cierro Google y abro este archivo de texto. Pienso, mientras tanto, en el increíble parecido de Borges y el taxista que nos recogió tras la visita, en lo mal que dibujaba el genio argentino, en que Kodama no dejó de quejarse un solo segundo de la precaria situación en la que se encuentra su fundación y, sin tener claro por qué, en E.T., aquel extraterrestre enano, cabezón y aja-ponado. Parecidos razonables, me digo y sacudiendo la cabeza vuelvo a la modesta habitación en la que Borges tantas veces se encontrara.

Evoco la cama individual donde soñaba el autor de *Fervor de Buenos Aires*, una de esas camas que sólo son imaginables en las celdas de los ermitas, el felino de cerámica celeste que resguardaba su descanso, los grabados de Durero, su admiradísimo Durero, compartiendo pared con sus dibujos infantiles, el primer número de la revista mural *Prisma* y el antiguo escritorio en donde aún yacen varias de sus plumas, un reloj de arena enorme, un gato de cartón espeluznante, una colección de caracoles marinos y un paquete, aún cerrado, que debió ser envuelto hace más de medio siglo y que, cuando pregunto, Kodama asevera, enojada: «Ah... eso... el paquete... eso es otra historia... no se lo di yo».

Sobre el escritorio yacen, protegidos por un vidrio, los libros que Borges más quiso y que más veces releyó: como era de esperarse, se trata de un altar a la literatura nórdica: múltiples ediciones de *Beowulf*, historias de vikingos, hazañas de Eric el Rojo, mitologías de aquellas latitudes y de sus fronteras: están los nibelungos y los cantos islandeses. Y encima de estos libros, una fotografía que me hace creer que quizás, después de todo, sea capaz de reconstruir aquella risa que me sacó impactado de la casa en que me encuentro: en la imagen, Borges y Kodama abrazan a un sacerdote pagano de Islandia, idéntico a Lev Tolstoi, cuya barba es una melena. Y Borges casi se está riendo.

Tras dejar la habitación atravesamos un pequeño living y *Felix el gato* abre la pequeña, brutalmente desordenada, increíblemente sucia y sorprendentemente descuidada biblioteca personal de su exmarido (entonces es difícil escapar del lugar común: ¿qué diría el muerto si?), donde, de nuevo, queda clara su pasión por la literatura boreal (pero el lugar común cambia y se impone de golpe: ¿qué pensaría si viero esto, más bien, esa tal Borgen, esa primer primera dama de Dinamarca en cuya vida está basada la serie? ¿Sabrá ella que Borges admiraba su cultura con pasión desmedida? ¿Sabrá que los libros que él reuniera, él, que abrió las puertas de Babel, están hoy encarcelados? ¿Sabrá Borgen quién era Borges? ¿Habrá escrito mal su nombre alguna vez, al googlearse a sí misma, y se habrá asustado al encontrar el mosaico de los Borges que no ríen?).

Sacudo la cabeza nuevamente y dejo el extravío aparcado. Vuelvo a la pequeña biblioteca, donde relucen las demás pasiones de la mitad, aunque no exacta, de Bustos Domecq: compendios de matemáticas y ciencia, tomos y más tomos de filosofías orientales, historias naturales y generales, enciclopedias de todos los colores, anotadas por todas partes con la letra diminuta y chueca de quien se supo siempre condenado a la ceguera, por herencia paterna. El mismo condenado que dibujó tigres desde el primero de sus días hasta la tarde en que sus pupilas no lo permitieron. Agachándome, levanto un libro de animales que yace sobre el suelo, lo hojeo, encuentro un par de leonas, una de ellas bostezando, cierro los ojos, pienso en la ceguera y, sin saber muy bien por qué, vuelvo a decirme: creo que al final podré reconstruirla, su risa.



Cuando abro los ojos Kodama está diciendo, no sé si porque me tomé la libertad o porque estaba entre sus planes: «Revisen los libros que quieran pero devuélvanlos a sus lugares». «¿Al suelo?», le pregunto. Por suerte, E.T. no me escucha. Reviso y me extravío en una traducción de Alfonso Reyes de la *Iliada*, en un par de libros de Spinoza (hay *spinozas* por todas partes, como hay también *descartes* por todas partes), en una *Divina comedia* desgastada y en una viejísima edición del *Ulises* de Joyce, no precisamente el autor favorito de Borges. En éste, el *Ulises*, encuentro una única, extraña y enigmática anotación, mediado el octavo capítulo: *the cult of the pessimistic pleasure-seeker* (internet, otra vez esa Babel moderna, me dirá más tarde que esta anotación es una cita del libro *Heretics*, de Chesterton, éste sí, uno de los autores favoritos del escritor que al publicar renunció al Francisco, al Isidoro y al Acevedo).

No me da tiempo de revisar ni de extraviarme, en cambio, en los Shakespeares, Wildes, Yeats, Twains, Dickens, Pounds y Kafkas, pues Kodama tiene prisa: la espera su ortopedista para revisar cómo evoluciona el pie que arrastra a todas partes. Antes de salir, alcanzo a ver de reojo un par de ejemplares del *Confabulario* de Arreola, varios adicionales de Macedonio Fernández y un extraño volumen que me obliga a detenerme: *Psicoanalizando a Freud*. Justo entonces, Kodama se me acerca, me toma del brazo y asevera en voz bien alta, como queriendo que la escuche todo el planeta: «Lo odiaba tanto... lo odiaba tanto Borges a Freud!».

Sin bajar el tono, Kodama explica una historia incomprendible que implica a la madre de Freud, a Freud, a Borges, a ella misma y a su abuelo japonés. Este último comentario, que no comprendemos ni Carsten ni yo, hace, sin embargo, que dejemos la biblioteca entre sonrisas. Y son quizás éstas, nuestras sonrisas, las que empujan a Kodama a llevar a cabo un acto impulsivo, el acto que, además, me acerca de nuevo a la imagen que creía extraviada para siempre: «Esperen un momento... esperen aquí y cierren los ojos!», dice la viuda más famosa de los juzgados latinoamericanas y, olvidándose de su cojera, desaparece en el pasillo.

Impávidos, Carsten y yo guardamos silencio pero no cerramos los ojos hasta que escuchamos que nos repiten: «Cierren los ojos... dije cierren los ojos que les tengo una sorpresa». Obedientes, no los abrimos hasta que Kodama cambia su orden: «ahora sí... ábranlos!» Justo enfrente de nosotros, allí y en este instante, vemos la fotografía de un felino enorme que yace encima de Borges. La tigresa se llama Rosy y bajo su cuerpo de 230 kilos Borges se está riendo a carcajadas. No debe haber reido así nunca antes, me digo y observando los dedos de E.T., que están a punto de encenderse y que aprietan la imagen con tal deseo de posesión que la arrugan, pienso: y no se debe haber reido tampoco así después de aquella tarde. A pesar de que a su lado cuelga *Feliz el gato*, la fotografía es cautivante y poderosa. Muestra a un Borges que no existe en internet ni en la memoria colectiva. Un Borges que sólo está ahí, en ese pedazo de papel que Kodama acerca hacia su vientre, como si quisiera guardarlo allí dentro.

Tras un instante de silencio, Carsten dice: «Pero esta foto... esta foto nunca ha sido publicada... ¿no?». «Por supuesto que no... esta foto es mía... es mía!», grita Kodama y la imagen de la tigresa abrazando a Borges se desvanece en mi cabeza. Trato de reconstruirla pero otra vez me es imposible. La que me asalta entonces es la imagen del Golum que creó otro de los escritores que dormían junto a la cama de Borges: J. R. Tolkien. Luego el Golum me regresa al sitio en que me encuentro: «Fue en la finca de un amigo, Borges estrenó traje y camisa, estaba muy emocionado, había preguntado: ¿podré tocarla? Mi amigo lo sentó en una sillita y le pidió que esperara. Luego apareció con Rosy, ese animal enorme, y dijo: Borges, tendrás el honor de

que Rosy te salude; Rosy, tendrás el honor de que Borges te salude. Hizo un gesto con la mano y Rosy le saltó encima, lo abrazó y terminó lamiéndole la calva. Estaba tan feliz».

«Luego, en el auto», añadió Kodama, «Borges se quejó del olor del animal y de que su pelo no fuera tan suave como él lo imaginara». Y sin que pudiéramos nosotros preguntar alguna cosa, el Golum empezó a contarnos otra historia, nuevamente incomprendible, que la implicaba a ella, a sus amigos de la infancia, a un gaucho del que se había enamorado (un suertudo que logró salvarse de ella) y a un puma. Antes de que terminara, me di vuelta y me alejé pensando en Rosy, en la letra de Borges, en las políticas danesas, los extraterrestres japoneses, los barcos vikingos y los llaveros de gatos. Así pasó el resto de la visita.

Y antes de marcharnos, el becario de la fundación nos muestra una foto de Borges y su madre, Carsten dice: «¡Qué parecida la madre a Kodama!», al mismo tiempo que el becario suelta: «A que no parecen madre e hijo... a que parecen marido y mujer... la madre de Borges siempre se vio joven... murió de 99!». Entonces corro a la puerta, pero aún así escucho al becario a la distancia: «En su funeral, la gente le decía a Borges: 99... ise quedó a uno de los cien! Y él, con su humor, les respondía: iah... otro fanático del sistema métrico decimal!».

Ya en la calle, mientras esperamos el taxi, pienso otra vez en la tigresa. Qué putada que se llame Rosy, como mi madre, me digo, y es entonces cuando Freud me asalta: quizás lo odiaran porque no les decía nada, pero bien hubiera hecho Borges en releerlo. Y mejor aún haría Kodama en tomarse al austriaco un poco más en serio. Quizás entonces no habría una biblioteca bajo llave. Y quizás no habría que contar 44 imágenes en Google para encontrar una buena risa. •

*Justo enfrente de nosotros, allí
y en este instante, vemos la
fotografía de un felino enorme
que yace encima de Borges. La
tigresa se llama Rosy y bajo su
cuerpo de 230 kilos Borges se
está riendo a carcajadas.*

Aunque | Marwan fuera breve

Yo subía las escaleras de su cuerpo,
ella se tiraba de mi abismo.
Hacíamos una buena pareja.
Siempre nos encontrábamos a medio
camino
de su caída y de mi ascenso
y daba igual todo, que subiéramos o
bajáramos.
Lo importante era que en algún punto,
aunque fuera breve,
ella y yo nos encontrábamos.
Eso es la poesía.

Eduardo Rabasa |

Entrevista con Ana Cañellas y Paco Goyanes

Librería Cálamo, Zaragoza

En los últimos años, entre la crisis económica y los cambios producidos por las nuevas tecnologías, se han expedido varios certificados de defunción al libro como objeto cultural con relevancia. Sin embargo, la paradoja es que probablemente es la época en la que más y mejores libros se han publicado. Ante este panorama, ¿creen que el libro ha resistido al embate apocalíptico de los últimos años, o que realmente se encuentra amenazada su viabilidad a mediano plazo?

La velocidad en la que vivimos instalados nos hace pensar en ocasiones que fenómenos de moda o –peor aún– operaciones puramente comerciales son transformaciones definitivas en nuestros hábitos vitales. Es cierto que el hecho cultural se ha sofisticado mucho en los últimos años, y que nuestro tiempo se reparte entre miles de estímulos. Pero, como bien dices, nunca en la historia de la humanidad se habían publicado tantos libros –en sus diferentes formatos–, ni nunca se había leído tanto. Pertenecemos a una generación –ya nos gustaría ser un poco más jóvenes... bueno, solo un poquito, que nos quiten lo bailado– que tiene una cierta tendencia a exagerar en demasía su pasión libresca y a proclamar muy a menudo que los chavas y chavos no leen como antes. A nosotros no sólo nos parecen más guapas y guapos, sino además más listos y mejor preparados.

El libro pervive y pervivirá como instrumento de transmisión cultural y de ocio por muchos, muchos años. Lo que si cambiará –siempre ha sido así– es nuestro acceso a él y nuestra forma de leer. Vivimos tiempos apasionantes.

Me parece que es posible argumentar que el papel del librero se ha vuelto más crucial que nunca, pues he escuchado a menudo quejas por parte de lectores potenciales, en el sentido de que tanto en internet como en las cadenas de librerías no encuentran la manera de guiarse a través de un abanico inmenso de opciones, lo cual conduce al abandono de la tentativa de leer. ¿Creen que el papel del librero y la relación con los lectores, o incluso con los editores y autores, haya cambiado en los últimos años? ¿Miran con optimismo o con aprensión el futuro del oficio?

Las librerías –además de una institución cultural de primer orden– son un negocio comercial. Desde hace años los hábitos de consumo están en un proceso de transformación constante: internet y la venta electrónica, las grandes superficies comerciales cada vez más gigantescas, etc. Son

momentos confusos para los libreros, momentos en los que muchas veces dudamos tanto sobre la utilidad y viabilidad de nuestro oficio como sobre la orientación que debemos dar tanto a nuestros espacios, físicos y virtuales. En España, desde hace unos años se están abriendo muchas librerías pequeñas que ofrecen una cuidada selección de libros, café e internet, modelo que en México funciona a gran escala –librerías-cafetería de gran tamaño–. ¿Tienen futuro ese tipo de establecimientos basados en la «autoexplotación», en un país en el que tenemos un bar o una cafetería cada 110 habitantes? ¿Tiene sentido ofrecer internet como reclamo comercial cuando la mayor parte de la población maneja celulares con conexión de datos 4g o 3g? Hace unos días leímos en la prensa –digital– que en Londres se han puesto de moda las librerías-librerías, establecimientos sin cafetería ni pastel de carne o cruasancitos rellenos de crema, negocios en los que no hay red



Paco y Ana con los miembros de Talento editorial
© Daniel Mordzinski

wi-fi abierta y se mira mal –exageramos un poco– al cliente que consulta su celular o su tableta.

Nuestro concepto de librería es el mismo que cuando abrimos en el año 1983. Aspiramos a vender «buenos libros», lo que implica seleccionar y de alguna manera discriminar, y a participar de manera activa y constante en el devenir social, cultural y político de la comunidad en la que vivimos. Nuestro oficio es hermoso, pero también extremadamente complicado, al menos al nivel que nosotros nos exigimos. Ser un buen librero implica tener conocimientos de economía, marketing, psicología, diseño, informática, manejo de redes sociales... y sobre todo de libros, cosa que a veces se olvida con demasiada facilidad: un librero que no lee, al que no le gusta leer, es como un futbolista sin pelota, un absurdo.

Los libreros tenemos que lograr que la gente que visite –compre o no– nuestra librería se encuentre tranquila, cómoda y feliz. Detestamos las librerías feas, con personal que cree saberlo todo o que no sabe nada. En estos momentos en los que la prensa a perdido en gran medida su papel prescriptor, el librero es el intermediario necesario entre el autor y la editorial con el público.

Bueno, nuestro concepto librero es básicamente el que hemos expuesto con brevedad. Hasta ahora mal del todo no nos ha ido: vivimos, comemos, bebemos algo y no lo pasamos mal del todo.

Si la cosa cambia nos dedicaremos a la exploración espacial.

Sé por experiencia propia como editor, así como por escuchar las experiencias de otros colegas, que es bastante difícil conseguir que los lectores españoles se interesen por literatura latinoamericana contemporánea. ¿Qué le podrían compartir a nuestros lectores sobre la visión que existe en España sobre la literatura mexicana, o latinoamericana en general? ¿A qué se podría achacar las dificultades que enfrenta nuestra literatura para viajar? (Dificultades que, por otro lado, en buena medida son recíprocas, pues tengo la impresión de que de este lado del charco también se lee poca literatura ibérica).

No estamos muy de acuerdo con tu afirmación inicial. En España se lee mucha literatura latinoamericana. Muchos autores mexicanos, colombianos, chilenos, argentinos... son editados y leídos en nuestro país. Muchos tienen cabida en las editoriales de los grandes grupos (Penguin RH, Planeta, etc.), en independientes de gran tamaño como Anagrama o en la enorme multitud de editoriales independientes de pequeño tamaño que tanta presencia han ganado en los últimos tiempos (Periférica, Malpaso, Candaya, Pepitas de Calabaza, etc.). Suman además las editoriales independientes argentinas (Eterna Cadencia, Godot, Adriana Hidalgo, Mardulce, etc.), mexicanas (Sexto Piso, notoriamente), que han empezado a distribuir en España de una manera profesional.

En las mesas de novedades de las librerías españolas puedes ver infinidad de autores latinos, mientras que rara vez autores españoles en las mesas de las librerías argentinas o mexicanas.

Al mismo tiempo, es verdad que el mercado del libro en España es muy complicado: cada año se editan cerca de noventa mil libros, los mismos que se publican entre México, Argentina y Colombia. Entrar es difícil, pero no imposible. Y repetimos, el público español no rechaza la literatura latinoamericana. Un ejemplo: Cálamo –nuestra librería– organiza desde hace 15 años los Premios Cálamo, que son concedidos por votación de los lectores y amigos de la librería. Los galardonados el año pasado fueron Héctor Abad Faciolince (colombiano), Lina Meruane (chilena) y Martín Caparrós (argentino). Un pequeño ejemplo, pero algo quiere decir... •

El Che en México Hernández



Hay-on-Hoy

ZACATECAS LA VISLUMBRÓ, Cartagena le otorgó su bendición y Xalapa la convirtió en una historia real. Pero tenía que ser Querétaro la ciudad que la consagrara. Y es que, queridos amigos, sabemos por muy buenas fuentes que Eduardo Rabasa, quien llegó ayer a esta bella ciudad colonial, acompañado por sus futuros padrinos y envuelto en una densa nube de ensoñación, viene decidido a formalizar. Y trae por eso con él la promesa metálica y enjoyada de su amor eterno: una piedra de treinta kilates engarzada a un hilo de oro y plata que él mismo concibió. Así es, amigos, invitados, organizadores y cooperantes de nuestro festival, nos complace, como ninguna otra noticia, poder decirles que será en estos días cuando el distinguido Eduardo Rabasa finalmente baje al ruedo de la pasión y le haga a la conotadísima Izara García la pregunta más importante de sus vidas: «Corazón, ha llegado la hora de formalizar y de poner fin así a las habladurías y las voces sin razón: ¿quieres que tu festival se case definitivamente con mi editorial?». Por supuesto, a todos nos emociona y mantiene en ascuas la respuesta que la hija pródiga de Santander le dará al renegado de San Ángel. Esperemos, eso sí, que al escritor y editor no le apliquen un Vargas Llosa, dejándolo en vilo durante meses. Y es que, al final, los perjudicados seríamos también los demás, ipor lo menos todos los que soñamos con ver, cuanto antes mejor, los libros que «Sexto Festival» empezará a editar!



HAY FESTIVAL

QUERÉTARO

Actividades del sábado 3 de septiembre

Philippe Sands en conversación con Luis Moreno Ocampo

⌚ [25] 11:00 – 12:00 • Teatro de la Ciudad
Con el apoyo del British Council

Frédéric Martel y Guillermo Osorno en conversación con Mariana H

⌚ [26] 11:00 – 12:00 • Cineteatro Rosalío Solano

William Shakespeare y Miguel de Cervantes. Nell Leyshon, Valeria Luiselli y Marcos Giralt Torrente en conversación con Sophie Hughes

⌚ [27] 11:00 – 12:00 •

Patio Delegación Centro Histórico

Con el apoyo del British Council y Acción Cultural Española

Norteñ@s. María de Alva Levy, Felipe Montes y Hugo Valdés en conversación con Mauricio Montiel Figueiras

⌚ [28] 11:00 – 12:00 • Museo de la Ciudad (Sala Christo)

Pedro Daniel González sobre Las crónicas de Nenete y su palomilla

⌚ [HF2] 11:00 – 12:00 • Biblioteca infantil del Museo de la Ciudad

Actividad organizada junto con el museo, que trabaja con grupos de niños y niñas en sus actividades en la biblioteca.
Edades de 4 a 11 años

Y tú, ¿qué piensas? Recital de filosofía visual

⌚ [HF3] 11:00 – 12:00 • Jardín Guerrero

De 8 años en adelante

Con el apoyo de Acción Cultural Española

Internet(s): la investigación.

Conferencia de Frédéric Martel

⌚ [29] 13:00 – 14:00 • Teatro de la Ciudad

Docu-web. David Dufresne en conversación con Raphaël Meltz

🎥 [30] 13:00 – 14:00 • Cineteatro Rosalío Solano

Con el apoyo de la Embajada de Francia

www.hayfestival.org/queretaro

hayfestivalqueretaro

@hayfestival_esp

#HayQuerétaro16

Evento Gatopardo. Carmen Aristegui en conversación con Felipe Restrepo Pombo

⌚ [37] 19:00 – 20:00 • Teatro de la Ciudad

Enzo Cormann en conversación con Raphaël Meltz

⌚ [38] 19:00 – 20:00 • Cineteatro Rosalío Solano

Con el apoyo de la Embajada de Francia

Cómo mejorar tu cerebro.

Conferencia de Pere Estupinyà

⌚ [39] 19:00 – 20:00 • Patio Delegacion Centro Historico

Carmen Boullosa en conversación con Xavier Ayén

⌚ [40] 19:00 – 20:00 • Museo de la Ciudad (Sala Christo)

Jam de moneros con Jis y Trino

⌚ [41] 20:00 – 21:00 • Jardin Guerrero

Evento para mayores de edad

Martín Caparrós en conversación con Alberto Arce

⌚ [49] 20:00 – 21:00 • Patio Delegación Centro Histórico

Oriente Medio e ISIS. Luis Moreno Ocampo y Ahmed Galai en conversación con Philippe Sands

⌚ [42] 20:30 – 21:30 • Cineteatro Rosalío Solano

El territorio del poder. Lectura dramatizada con música de la mano de Leonardo Sbaraglia, Marcela Roggeri y Fernando Tarrés

⌚ [43] 21:00 – 22:00 • Teatro de la Ciudad

⌚ TR Traducción simultánea

VOS Versión original subtitulada

⌚ GR Evento gratuito

手势 Interpretação a lengua de señas

⌚ Literatura

⌚ Arte

⌚ Cine

⌚ Música

⌚ Ciencia

⌚ Periodismo

⌚ Derechos Humanos

Socios globales

AC/E
ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA

BRITISH COUNCIL

BBC MUNDO

Patrocinador principal

QQ
QUERÉTARO
CIUDAD DE TODOS

QR
QUERÉTARO
CIUDAD

INSTITUTO DE
CULTURA
DEL MUNICIPIO DE QUERÉTARO

QUERÉTARO
MUNICIPIO